

# EL LOCO DEL MERCADO

Santxez

*S*irva este cuento fantástico como reconocimiento a la labor que los asentadores del Mercado Municipal de Errenteria llevan a cabo diariamente. En este año 2005 se trasladarán al Centro Comercial y de Ocio NIESEN desde su actual localización en la calle de Arriba donde se instalaron un 1 de marzo 1960, hace ya 45 años, procedentes de la ya olvidada, por muchos, y desconocida para casi todos, ubicación de la Plaza de los Fueros.

Comprando fruta y verdura estaba en el mercado municipal, cuando la vi pasar. Era un 1 de marzo de 1960. No sabría decir si era morena o rubia, ya no lo recuerdo. Era muy menuda y delgada, eso sí, con un caminar sensual, casi erótico, como de felino, con una majestuosa dignidad, con un porte de modelo bien pagada acostumbrada a desfilarse en la pasarela haciendo que la prenda se vea elegante sobre su cuerpo, sin inmutarse por los flashes que se disparan a su paso.

Así iba ella por las calles internas del mercado, con una canastilla de comida en la mano, saludando a las otras asentadoras que tratan día tras día con todo el amor del mundo a sus clientes, a la vez que vecinos, ofreciéndoles todos los exquisitos manjares que se pueden ofrecer en esos días casi ya de primavera.

Supuse que ella era también asentadora del mercado por la familiaridad con que trataba a las otras mujeres y por un delantal blanco bordado que, creo, llevaba puesto.

Tenía algo de embrujo en sus ojos. Sólo los vi por un instante y fue como el deslumbramiento

que produce la contemplación de un relámpago herido en un día de tormenta en la pupila del que lo mira.

Había algo ancestral en ellos. Tan inmemorial como la existencia de los propios mercados. En ella, en su mirada, sentí el aroma que exhala la madera de sándalo en el zoco de Bagdad. Al sumergirme en sus pupilas percibí la algarabía que se oye en el mercado de la perla del desierto, Bujara, al paso de las caravanas que confluyen en la ruta de la seda. La sugestiva alegría de las ferias medievales de Gante y Brujas donde se vendían desde sencillos tejidos a hermosos y complejos brocados. Descubrí el místico trueque del mercado de Sandaga, en Senegal, mercado este último donde lo que se intercambia es por necesidad, no por razones espúreas, no por idolatría al dinero, sino cambiando pájaros por fruta fresca, flores por paños, pagando afecto con ternura.

En un momento, tras estos pensamientos y entre la gente, ella desapareció, ya no estaba allí. El mercado había perdido su conjuro y encanto. Sólo quedaba la voz de las otras mujeres, sus conversaciones y sus risitas. Renuncié a todo, trabajo y familia, sueños y proyectos. Vivo en y del mercado. Mi existencia me la gano llevando cestas, bolsas y carritos y cargando las compras de algunas amas de casa. Oteo desde la segunda planta del mercado, ya vacía, el constante bullir de la gente, con el objetivo de volver a distinguir su gallardo andar. Indago en cada rostro que veo, esperando que sea el suyo, el de mi Gema, esperando que mis ojos vuelvan a embelesarse con la magia de sus pupilas. Azokako zoroa deitu didate.

